

Un acontecimiento imprevisto pareció al principio endejar su fortuna. Lyon recién socorrida por el príncipe estaba á su devoción. Esto sólo hubiera bastado para impeler al partido contrario á los vieneses, sus vecinos, de tiempo atrás celosos de la colonia de Planco, en la que recaían todos los favores imperiales. Ya la tenían sitiada, y sobre esto, viéndose amenazada por eduos y secuanos, aliados de Vindice, la comprometida plaza llamó en su ayuda á las legiones de la alta Germania.

Iba á su cabeza un soldado de fortuna, Verginio Rufo, bravo, hábil y libre de ambición. Miraba con profunda repugnancia la infame vida de Nerón; pero aun tenía fe en el senado, en el pueblo romano, en la legalidad. Espan-tábase á la idea de las desgracias que caerían sobre el imperio, si los ejércitos descubrían que era posible nombrar emperador fuera de Roma. La Bélgica, que sin ser afectada á Nerón, veía con pesar la pretensión de los galos del centro de dar un señor al mundo, no se movía, y libre por esta parte Verginio, penetró en el país de los secuanos y amenazó á Besanzón.

Corrió Vindice á defender esta plaza y solicitó y obtuvo una conferencia con el otro caudillo. Los dos generales departieron detenidamente, y desinteresados uno y otro, y ambos despreciando á Nerón, hubieron de quedar de acuerdo para una restauración republicana. Pero los legionarios, que habían calculado ya el botín que había de tocarles entrando á saco las ciudades rebeldes, y en cuyo ánimo valían ya poco ó nada los antes venerados nombres del senado y del pueblo romano, acometieron, á pesar de sus jefes, á las milicias galas, á las que además miraban con desdén, y pasaron al filo de la espada hasta veinte mil galos. Desesperado Vindice, se dió la muerte.

Pero Nerón no ganó nada con esta victoria. Las legiones victoriosas rompieron sus imágenes y quisieron proclamar á Verginio. A pesar de sus amenazas, rehusó volver la espalda á Nerón y tuvo la energía y habilidad necesarias para contenerlos hasta recibir noticias ciertas de Roma.

La confusión era grande en la ciudad, pues no sino parecía que el imperio caía en disolución, como quiera que el principio que había mantenido hasta entonces su unidad y su vida iba á faltarle: la legitimidad de la familia natural ó adoptiva de Augusto. De las ciento ocho personas que componían la casa, treinta y nueve, es decir más de un tercio, habían perecido de muerte violenta; rasgo característico de un tiempo, en que, como en la corte de los sultanes, los más allegados al trono eran también los más expuestos. Nerón era el último de esta raza, que iba á extinguirse con él; y como nada se había previsto para la sucesión al principado, no había gobernador de provincia, por modesta que fuera su posición, ni general con mando, de dos legiones siquiera, que no aspirara á formar una nueva dinastía. En la baja Germania Fonteyo Cábito agitaba sus legiones contra Nerón y contra Galba. Cierta acusado que apeló de su sentencia al emperador, se hizo llevar una silla más alta, y repantigándose en ella, le dijo: «Ahora eres tú quien está ante el emperador; habla pues.» Y lo condenó á muerte. Claudio Macer, en Africa, dejó el título imperial de legado de Augusto y tomó el nombre republicano de propretor, deteniendo los envíos de trigo á Roma, menos con la mira de restablecer la república que con la esperanza de que el pueblo daría el imperio al que hiciera cesar el hambre.

Otón en Lusitania sostenía á Galba, que podía abrir las avenidas del poder. Las legiones de Iliria enviaban diputa-

tonio más caricatura que historia. Como de Nerón se podía esperar todo, todo también se podía decir.

dos á Verginio ofreciéndole sus juramentos; y si el ejército de Oriente no se pronunciaba, era porque tenía á la vista una guerra difícil. Pero el ejemplo que por donde quiera se le daba no será perdido, y en breve recordará que no es ya en Roma donde se hacen los emperadores.

En la capital misma era ya inminente el hambre (1). Pero llega un navío de Egipto; se cree que trae cargamento de trigo y que es el avisador de la flota frumentaria; no trae más que arena fina recogida á orillas del Nilo para el circo del palacio imperial. La indignación y la cólera cundió hasta entre el populacho.

Quedaban los soldados. Uno de los prefectos del pretorio, Tigelino, negociaba en secreto su acomodamiento con un amigo de Galba; el otro, Ninfidio Sabino, creyó que en medio de aquel extraño desorden le sería fácil abrirse paso hasta el palacio de los Césares. No se atrevió todavía á pedir para sí el poder, pero explotando el descontento de los pretorianos contra Nerón, á causa de la predilección con que miraba á la guardia germánica, les hizo creer que el príncipe había huido; y á fin de hacer imposible de antemano el gobierno de Galba, les prometió en su nombre treinta mil sestercios por plaza, enorme cantidad que el viejo caudillo, económico y prudente, no querría ó no podría pagar nunca. Su plan era presentarse entonces y comprar fácilmente el imperio. ¡Cincuenta y cuatro años después de la muerte de Augusto, se sacaba su monarquía á pública subasta!

Pero ¿qué hacía Nerón? Ser testigo ocular de cómo se disputaban su herencia en vida suya aún; «vergüenza que ningún emperador había sufrido», decía él mismo; pero bien merecida por su vileza y cobardía. En su aturdimiento y flaqueza, quería huir á Egipto, al reino de los partos, y aun ir á postrarse sin aliento, sin dignidad ni honor, á los pies de Galba. Pretendía comprometer á seguirlo en su vergonzosa fuga á algunos aventureros y tribunos, y parecía sordo, cuando alguno de ellos le repetía este verso de uno de los papeles que había representado el imperial histrión: «¿Es acaso un mal dejar de vivir?»

Todos se negaron á seguirlo y se alejaron. La soledad del palacio era asombrosa, y abandonado de sus cortesanos y de sus guardias, llamaba en balde á un gladiador para que le diera muerte. Nadie respondía: estaba solo, solo con sus crímenes, con sus terrores, con su cobardía; agonía más terrible que las violencias con que otros perecieron, porque el alma se levanta y templada para la última escena, cuando el pueblo mira.

Uno de sus libertos, Faon, tuvo compasión de él y le ofreció su quinta á cuatro millas de Roma, y cerrada la noche abandonaron el palacio. Alentados por esta noticia, convocaron los cónsules el senado, le anunciaron la fuga del príncipe y lo invitaron á declararlo enemigo público. Uno de ellos era el poeta Sillio Itálico, el cantor de la segunda guerra púnica. Los Padres, que podían ahora atreverse á todo sin arriesgar nada, hicieron uso de la prerrogativa que se les reconocía de disponer del imperio, pronunciándose por el candidato que parecía tener más probabilidades, *el elegido de Vindice*.

Entre tanto huía Nerón. Había partido de palacio á caballo, vestido de túnica y descalzo, cubierto con un viejo manto y toda la cabeza tapada con un pañuelo, sin más séquito que cuatro personas. Al pasar por delante del campamento de los pretorianos pudo oír las imprecaciones de los

(1) Cuando llegaron á Roma los primeros navíos frumentarios que Vespasiano había dejado partir de Alejandría, no quedaba ya trigo en sus graneros más que para diez días.

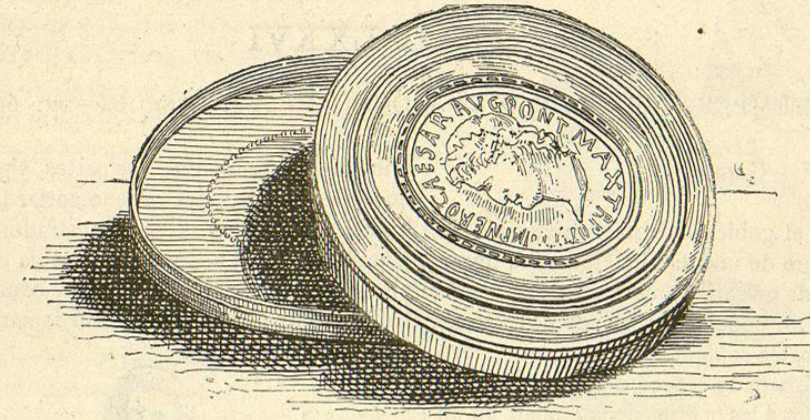
soldados contra él y los votos en favor de Galba. Un viandante que topó con los cinco jinetes, hubo de exclamar: «Esta tropa va en persecución de Nerón.» Y otro les preguntó: «¿Qué voces corren en Roma sobre Nerón?» El hedor de un cadáver abandonado en el camino hizo retroceder á su caballo, y habiéndosele caído entonces el pañuelo que cubría la cara, lo reconoció un antiguo pretoriano y lo saludó por su nombre.

Llegado que hubo á un camino de travesía dejó los caballos y tomó un sendero lleno de zarzas y espinos, donde no pudo dar un paso sino tendiendo sus ropas para ir poniendo encima los descalzos pies. Así pudo á duras penas llegar á las tapias de la quinta. Allí le aconsejó Faon que entrara por algún tiempo en una cantera de que se había

sacado arena; pero el príncipe contestó «que no quería enterrarse vivo.» Esperando que se abriera una entrada secreta á la casa, tomó en el hueco de la mano agua de un remanso y dijo antes de beber: «Ved ya los refrescos de Nerón.» Después se puso á quitar las espinas que se habían clavado en su manto.

Habiéndose abierto el boquete en la pared, se arrastró sobre las manos hasta el aposento más próximo y se acostó en un mal colchón que allí había, cubierto con una manta harapososa. El hambre y la sed lo atormentaban: presentáronle un mendrugo de mal pan, que rehusó, y agua tibia de que tomó unos sorbos.

Todos los que lo acompañaban le instaban á sustraerse cuanto antes á los ultrajes que le amenazaban; y el



Caja de bronce con espejo, adornada con una moneda de Nerón en cuyo reverso se ve la diosa Roma.

príncipe ordenó que se cavara una fosa delante de él, á medida de su cuerpo, rodeándola de algunos trozos de mármol, si se encontraban, y que se llevara allí cerca agua y leña para hacer las últimas honras á su cuerpo; pero en su flaqueza, lloraba como una mujerzuela á cada orden que daba, y repetía á menudo esta ridícula pretensión: «¿Qué artista pierde el mundo!»

Durante estos preparativos llegó un correo con una carta para Faon; pero Nerón se apoderó de ella y leyó «que el senado lo había declarado enemigo de la patria y lo buscaba para castigarlo al tenor de las antiguas leyes.» Nerón preguntó qué clase de suplicio era este y satisficieron su curiosidad ó ilustraron su ignorancia diciéndole que consistía en desnudar al criminal, en estrecharle el cuello en una horca y apalearlo hasta la muerte.

Espantado Nerón asió dos puñales que había llevado consigo, requirió su punta y los volvió á su vaina diciendo: «Todavía no ha llegado la hora fatal.» En su flaqueza y falta de resolución, ahora exhortaba á Esporo á levantarse y á llorar sobre él, ahora exigía que alguno de ellos le inspirara el valor de morir, matándose primero. A veces también, él mismo condenaba su cobardía, diciendo: «¿Qué vida tan vergonzosa y miserable!... Esto no conviene á Nerón; no, no le conviene. Es preciso tomar una resolución. Ea, Nerón, despierta.» Todo esto lo decía en griego.

Ya se acercaban los jinetes que llevaban orden de cogerlo vivo, y cuando Nerón lo advirtió, pronunció temblando este verso griego:

De los corceles oigo el paso rápido.

Y con mano flaca y trémula se hundió el puñal en la garganta con ayuda de su secretario Epafrodito.

Todavía respiraba cuando entró el centurión, el cual aparentando que iba á prestarle ayuda, quiso vendarle la herida. «Es ya demasiado tarde,» dijo Nerón. Y añadió:

«¿Es esa la fidelidad jurada?» Dichas estas palabras con desmayo y con los ojos abiertos y fijos, expiró.

Icelo, liberto de Galba, permitió que se quemara su cadáver, haciendo los últimos honores á aquel dueño del mundo su vieja nodriza y Acte, fiel al recuerdo de sus primeros amores (9 junio 68).

Este fin desastroso y miserable, esta agonía lenta, en que el voluptuoso sufría todos los dolores del cuerpo, y el tirano no tenía á nadie que lo obedeciera por última vez cuando pedía la muerte, fueron la justa expiación de aquel reinado, que había sido la saturnal del poder.

A pesar de todo, se ha pretendido rehabilitar á Nerón: en Inglaterra, país de la fría razón y también de las excéntricas, se ha formulado esta pregunta:

«¿Fué, en efecto, Nerón un monstruo?»

Un contemporáneo, sin odio ni entusiasmo, con serena imparcialidad, había contestado anticipadamente. Plinio el Antiguo dejó escrito:

«Nerón fué enemigo del género humano» (1).

Pero ¿quién fué el enemigo de Nerón? ¿Quién pervirtió aquel carácter en que la naturaleza había puesto algunas cualidades buenas y no malas aptitudes? El poder absoluto que recibió en tan temprana edad, á los diez y seis años. Este emperador es el más elocuente ejemplo de los peligros del despotismo para quien lo ejerce; sobre todo si llega á él con la inexperiencia de los pocos años. Antes de ser dueño del mundo, Nerón amaba á su madre, y tenía afición á las letras y á las artes. Simple ciudadano, hubiera sido uno de los elegantes de Roma, donde hubiera podido vivir muchos años y ser feliz; rey absoluto, fué tan desgraciado como hemos visto y murió á los treinta años.

(1) Plinio, *Hist. nat.* VII, 6: *hostis generis humani*. Plinio, que nació el año 23 y murió el 79 de nuestra era, tenía 31 años al advenimiento de Nerón.

Sin embargo, la memoria de aquel grotesco histrión, que no hizo nada grande en paz ni en guerra para compensar tantos vicios y crímenes, no pereció con él. Como no fué públicamente ejecutado, hubieron de creer algunos que no había muerto y no faltaron impostores que tomaran luego su nombre. El año 69 un esclavo que se le asemejaba, se hizo pasar por él en Citnos y puso en conmoción el Asia y la Grecia. Otro apareció en tiempo de Tito; y «veinte años después, dice Suetonio, siendo yo joven, se presentó otro supuesto Nerón, que los partos acogieron y no nos entregaron sino con muchas dificultades.» En Roma misma, todos los años por la primavera y el 9 de junio, se cubría de flores y coronas su sepulcro;

CAPÍTULO LXXVI

TRES EMPERADORES EN DIEZ Y OCHO MESES (JUNIO 68—DIC. 69).

I. — GALBA.

Tiberio había puesto el gobierno bajo la protección de los pretorianos, y frente de una familia imperial, impotente para perpetuarse, de una aristocracia exhausta de sangre y aun de valor, y de un populacho formado de los desechos del universo mundo, los soldados sintieron muy luego su fuerza. Seyano les había dado el medio de contarse y entenderse, estableciéndolos á las puertas de la ciudad, en un campamento que valía por una fortaleza, desde donde podían arrostrar todas las iras de un pueblo inerme y mantener al senado bajo el amago de la espada. Ya habían vendido el imperio á Claudio y esperaban vendérselo aún á Galba; pero los inútiles soldados del pretorio no podían tener la pretensión de conservar para sí solos un privilegio tan lucrativo. Las legiones habían aceptado al elegido de los pretorianos, mientras había sido un César; extinguida esta familia, cada ejército pensó naturalmente en su jefe para hacer de él un emperador, y con esto, volvió á empezar la era de las revoluciones: los diez y ocho meses que siguieron á la muerte de Nerón no tuvieron nada que envidiar á los peores tiempos de la república: *annum rei-publicae prope supremum*.

Servio Sulpicio Galba había nacido cerca de Terracina tres años antes de nuestra era, y pertenecía á una de las más nobles familias de Roma, como que descendía del mismo Júpiter; á lo menos, así lo afirmaba él en el cuadro genealógico que hizo exponer en medio del vestíbulo del palacio. También se leía en él que su madre descendía de Pasífae, hija del Sol y esposa bestial de quien corrían obsenas é inmundas historias; pero lo importante para los romanos era venir de lejos. Su abuelo había tenido aficiones literarias. ¿Sería él quien quiso poseer la bella estatua de Sófoles, que en nuestros días se ha encontrado en Terracina?

Galba había sido gobernador de la Aquitania y de la alta Germania y después procónsul de Africa. La pacificación de esta última provincia le valió las insignias triunfales y muchos sacerdocios, habiéndose mantenido luego en el retiro hasta el promediar del reinado de Nerón.

Hacia el año 60, lo envió este príncipe á la Tarracense que gobernó por espacio de ocho años, siendo al

en la tribuna de las arengas se ponía furtivamente su imagen y se fijaban edictos en que anunciaba Nerón su próxima vuelta y sus venganzas; popularidad insana, como la de Catilina, por la cual no debe la historia dejarse seducir.

Todavía más extraña fué la idea que el Apocalipsis, compuesto poco tiempo después de su muerte, divulgó en la Iglesia: Nerón debía reaparecer al fin del mundo para ser el Antecristo (1). En el siglo xi, la imaginación de los habitantes de Roma estaba aún atormentada por el fantasma del primer perseguidor de los cristianos: creían que su espíritu vagaba por los alrededores de Monte Pincio y fué preciso construir allí la iglesia de *Santa Maria del Popolo*, para desvanecer tales terrores.

principio allí, como en otras partes, vigilante y severo, más que severo, duro. Así ordenó cortar las manos á un camista infiel y clavarlas en su mostrador; condenó también á muerte de cruz á un tutor, que había envenenado á su pupilo para apropiarse sus bienes, y como invocara el culpable los derechos del ciudadano romano, le hizo poner una



Sófoles, estatua encontrada en Terracina (Museo profano de Letrán)

cruz distinguida pintada de blanco y mayor que las demás.

Pero el temor de inspirar celos ó recelos á Nerón, hubo luego de templar su rigorosa actividad. «Más vale la inacción, decía; á quien no hace nada no se le pueden pedir cuentas.» Sin embargo, cuando vió que Nerón se perdía,

(1) Citnos, donde apareció el primero de los supuestos Nerones, no está lejos de Patmos. San Juan escribía entonces (69) en esta última isla el Apocalipsis. Véase el curioso estudio de Renán, *l'Apocalypse*, donde el eminente escritor no parece tener, por otra parte, mucha indulgencia con Nerón.

se esforzó en hacerse popular, y las cartas de Vindice lo encontraron decidido. El 2 de abril del 68 subió á su tribunal, en el que había hecho poner de antemano las imágenes de las víctimas inmoladas al furor del tirano, y un niño, hijo de un proscrito, á quien había llamado de las Baleares. Allí refirió á sus tropas reunidas los crímenes de Nerón y las calamidades de su reinado, y fué interrumpido por las aclamaciones de los soldados, que lo saludaron como emperador.

Galba tenía á la sazón sesenta y cinco años y padecía mucho además de la gota; lo que era ponerse bien tarde y mal en camino para tan rudo y peligroso viaje. Pero aquellos romanos, incrédulos en todo, eran por demás supersticiosos, porque no la razón, sino el desprecio mataba en ellos la fe en sus dioses. Los antiguos huéspedes del Olimpo lo habían abandonado para dejar su mansión á una divinidad inexorable, al Destino, que revelaba su voluntad por medio de presagios, y mil presagios habían anunciado á Galba una brillante fortuna: la esperó cincuenta años y la hubiera esperado más aún.

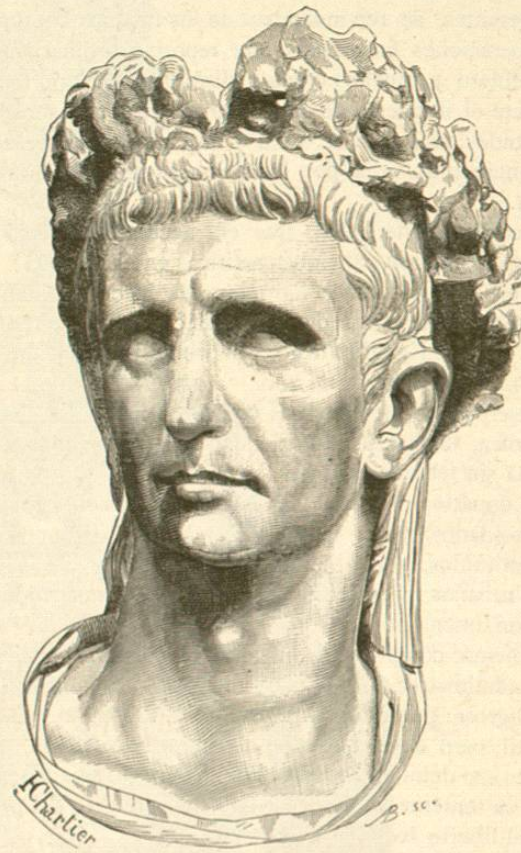
Sin embargo, cuando supo el suicidio de Vindice, se creyó perdido y estuvo por seguirlo; pero sus amigos evitaron su muerte. Muy luego su liberto Icelo, que llegó de Roma en siete días, le participó que Nerón había muerto y que el senado había reconocido la elección hecha por la legión de España. Todos estaban de acuerdo en aceptar á un viejo valetudinario que no podía vivir mucho tiempo y á quien cada uno esperaba heredar.

Durante las saturnales del último reinado había fermentado sordamente la idea de una restauración republicana, y los senadores se habían adherido desde luego y de buen grado á un proyecto que les devolvía el poder que habían perdido. La muerte de Nerón robusteció más y más sus esperanzas, y se hizo circular una medalla de Bruto con la famosa leyenda: *Libertas P. R. restituta*. No era más que una advertencia, un aviso amenazador: la reivindicación del derecho que Augusto les había quitado, de acuñar moneda de oro y plata, era cosa más seria: sus monedas no llevaban el nombre ni la efigie de Galba, á quien, al parecer, querían reducir á la condición de un simple cabo de ejército. Galba alentó al principio estas esperanzas declarando que no era más que el lugarteniente del senado y del pueblo romano: en las monedas que de paso hizo acuñar en España y en Galia no puso más que su efigie, ni tomó el nombre de Augusto ni más título que el antiguo republicano de *imperator*. La incertidumbre en que estaba sobre la disposición de los ejércitos le imponía esta reserva. Pero intimidados por los pretorianos los senadores, se contentaron con su inocente manifestación monetaria, y sin exigir más garantías, enviaron á Narbona su juramento de fidelidad. Al mismo tiempo supo Galba que Verginio se obstinaba en rechazar el imperio, que nadie se lo ofrecía á Fonteyo Cápite, y que el ejército de Germania, después de alguna vacilación, había jurado obediencia al elegido de las legiones de España. Entonces tomó el título de César y obró como emperador. El sueño de una restauración republicana no había durado más que lo que duran los sueños.

Antes de salir de su provincia, había mandado Galba que se diera muerte á los procuradores de Nerón, sin perdonar á sus mujeres ni á sus hijos, y castigó á algunos pueblos cuya sumisión se hacía esperar demasiado. En las Galias dió á todos los aliados de Vindice el derecho de ciudadanía y les condonó una cuarta parte del tributo; pero las ciudades que se habían mostrado hostiles ó poco solícitas, como las de Bélgica, hubieron de salir muy mal libradas, como quiera que las privó de parte de su territo-

rio, les impuso nuevos tributos ó les arrasó las murallas. Reims, Tréveris y Langres fueron las más castigadas; confiscó las rentas de Lyon, y colmó de favores á Viena; castigos y recompensas igualmente desacertadas, por cuanto creaban dos facciones en la Galia, haciendo vencedores y vencidos. Galba se hacía el hombre de un partido en lugar de presentarse y permanecer como el elegido del imperio, encumbrado al poder por la reprobación universal contra Nerón.

En Roma gobernaba en nombre del nuevo príncipe, Ninfidio, prefecto del pretorio, personaje que había tenido parte muy principal en la caída de Nerón. Con este merecimiento, esperaba que, reconocido Galba, le dejaría su cargo y el



Galba coronado (1)

poder; y aun tenía miras más altas, llamándose hijo de Calígula aunque probablemente hijo de algún gladiador, y soñaba en el imperio, mal que pesara á sus amigos que le decían: «Pero ¿quién se resignaría en Roma á llamarte César?» Cuando vió que Galba daba el mando de los pretorianos á Cornelio Laco, intentó sublevarlos y los mismos soldados lo mataron.

Galba hizo buscar activamente á todos sus cómplices, y verdaderos ó supuestos, á todos los mandó ejecutar sin forma de juicio, entre ellos, á un cónsul designado, á un consular y á Mitridates, el antiguo rey del Ponto. Cuando se acercaba á la ciudad, á fines de diciembre, los soldados de marina salieron á su encuentro y solicitaron de él que les confirmara el título de legión que Nerón les había dado: Galba rechazó la pretensión, y como reclamaran con energía su águila y sus estandartes, mandó darles una carga de caballería, y luego de rendidos, todavía los diezmo (2).

(1) Es á lo menos dudoso que sea de Galba este busto que se conserva en el museo de Nápoles, núm. 55.

(2) Sin embargo, hizo más tarde de los soldados de marina la legión llamada 1.ª Adjutrix. Se conserva un diploma militar concedido por él á 22 de diciembre del 68, en favor de veteranos de esta legión